

EL DELEITOSO Y OTRAS DELICIAS

DE LOPE DE RUEDA

VERSIÓN Y DIRECCIÓN AGUSTÍN IGLESIAS

TEXTO

JUNIO 2008

EL DELEITOSO

ESCENA 1 LENO Y GINESA.

(España, primera mitad del siglo XX...Tierra de Barros. Noche de verano y cantan los grillos. Entra Leno, tarareando una vieja copla, arrastra la soga de un burro que lleva la carga. Se detiene bruscamente . El burro no avanza.Tira con insistencia, dos, tres, varias veces. La bestia no se mueve.)

LENO.- Ginesa, camina, vamos...¿Es pá matarla o no es pá matarla?¿Qué estás cansada? ¿Qué tienes hambre? A mi me sangran las ampollas de los pies y me comería un guarro yo solo; Ginesa no te rías, ¡que tienes boca pá rebuznar no para enseñarme la dentadura! ¡Ginesa, Ginesa, que si me buscas me encuentras!, que con el estraperlo del café no se juega; que nos están esperando; que el señor tiene menos paciencia que un lagarto en la sartén. ¡Juro por el siglo de mi bisabuelo que si no te mueves, yo tampoco! .¡Reventado muera si no soy más burro que tú! ¡A ver quién tiene más reaños! ¿En huelga te me pones? ¡aviso a los picoletos! ¡Ah, estaría bueno, aquí el sargento Patillas, a ti dándote de palos por huelguista y a mi por contrabandista.*(Se ríe)* ¡Ay, Ginesa, Ginesa!, que estamos derrengados, hay sueño ¿no?, es que soy un buenazo, un cacho pan,...¡Pardiez, Ginesa!, que los dos estamos reventaos, pues si tienes sueño, no echamos un sueñico, y luego apretamos el paso, solo un sueñico, eh...

(Leno duerme agarrando la soga que sigue tensa. Unas nubes ocultan la luna. El sueño llega con rumores de coplas, el estrépito de un gol, y una lluvia insistente y copiosa. Leno es feliz en sus sueños.)

ESCENA 2 LENO SUEÑA

(Leno sueña con rayos y truenos, y en su sueño aparece Toribio empapado de lluvia.)

TORIBIO.- ¡Válgame Dios, y que tempestad ha hecho desde el resquebrajo del monte acá, que no parecía sino que el cielo se quería hundir y las nubes venirse abajo! Pues digo, ¿qué me tendrá aparejado de comer la señora de mi mujer? ¡Así mala rabia la mate! ¡Oírlo! ¡Muchacha! ¡Mencigüela! ¡Si todos duermen en Zamora...! ¡Águeda! ¡Mencigüela!

LENO.- ¡Jesús, padre! Vais a quebrar las puertas.

TORIBIO.- ¿A dónde está vuestra madre, Mencigüela?

LENO.- Yo no me llamo Mencigüela ...

TORIBIO.- Muchacha, no me hagas perder la paciencia...

LENO.- Por mi vida, padre, que yo soy Leno, un hombre hecho y derecho.

TORIBIO.- No digas bobalinadas, y anda a llamar a tu madre.

ÁGUEDA.- Ya, ya, el de los misterios, ya viene de hacer una maldita carguilla de leña, que no hay quien se entienda con él.

TORIBIO.- Si...¿carguilla de leña le parece a la señora? Juro al cielo que éramos yo y vuestro ahijado a cargarla, y no podíamos.

ÁGUEDA.- Ya, enhoramala sea, marido. ¡Y que mojado que venís!

TORIBIO.- Vengo hecho una sopa de agua. Mujer, por vida vuestra, que me deis algo de cenar.

ÁGUEDA.- ¿Yo que diablos os tengo que dar, si no tengo cosa ninguna?; Mencigüela, muchacha, vete....

LENO.- Madre, que soy Leno, el varón de los hermanos...

ÁGUEDA.- Corre, muchacha, aderézale un par de huevos para que cene tu padre y hazle luego la cama. ¿Os acordasteis, marido, de plantar aquel renuevo de aceitunas que rogué que plantaseis?.

TORIBIO.- ¿Pues en que me he detenido sino en plantarlo como me rogasteis?

ÁGUEDA.- Callad, marido.¿Y adónde lo plantaste?

TORIBIO.- Allí junto a la higuera breval, adonde, si os acordáis, os di un beso.

ÁGUEDA.- ¡Mencigüela, los huevos para tu padre! ¡Y ponte el delantal!

LENO.- No encuentro los huevos...

ÁGUEDA.- *(Sin escuchar)* Marido, ¿sabéis que ha pensado? Que aquel renuevo de aceitunas que plantasteis hoy, que de aquí a seis o siete años, dará cuatro o cinco fanegas de aceitunas. Y que, poniendo, plantas acá y plantas acullá, de aquí a veinticinco o treinta años, tendréis un olivar hecho y derecho.

TORIBIO.- Eso es la verdad, mujer; que ya lo estoy viendo.

ÁGUEDA.- Mira, marido, ¿sabéis qué he pensado? Que yo cogeré la aceituna, tú acarrearás con el asnillo y Mencigüela la venderá en la plaza.

LENO.- No madre que los mozos se meterán conmigo...¿Pero, qué dices Leno?

ÁGUEDA.- Y mira, muchacha, que te mando que no vendas el celemín a menos de dos reales.

TORIBIO.- ¿Cómo a dos reales? ¿No os da cargo de conciencia? Basta pedir catorce o quince dineros por celemín.

ÁGUEDA.- Callad y no me quebréis la cabeza. Mira, muchacha, que te mando que no des el celemín a menos de dos reales.

TORIBIO.- ¿Cómo a dos reales? Ven acá, ¿A cómo has de pedir?

LENO.- A como quisierais, padre.

TORIBIO.- A catorce o quince dineros.

LENO.- Así lo haré, padre.

ÁGUEDA.- ¿Cómo “así lo haré padre”? Ven acá, muchacha, ¿a cómo has de pedir?

LENO.- A como mandareis, madre.

ÁGUEDA.- A dos reales.

TORIBIO.- ¿Cómo a dos reales? Yo os prometo que, si no hacéis lo que yo os mando, os tengo de dar más de doscientos correazos .¿A cómo has de pedir?.

LENO.- A como decís vos, padre.

TORIBIO.- A catorce o quince dineros.

ÁGUEDA.- ¿Cómo “así lo haré, padre”? Tomá, tomá, haz lo que yo os mando.

TORIBIO.- Deja a la muchacha

LENO.- ¡Ay, madre! ¡Ay, padre, que me mata!

(Entra el vecino, y de sus espaldas sobresalen unas discretas alas de ángel).

VECINO.- ¿Qué es esto, vecinos? ¿Por qué maltratáis así a la muchacha?

ÁGUEDA.- ¡Ay , señor! Este mal hombre que me quiere dar las cosas a medio precio y quiera echar a perder mi casa. ¡Unas aceitunas que son como nueces!

TORIBIO.- Yo juro por los huesos de mi linaje que aún no son ni como piñones.

ÁGUEDA.- ¡Sí, son!

TORIBIO.- ¡No, son!

VECINO.- Señores vecinos, sacad acá fuera las aceitunas, que yo las compraré, aunque sean veinte fanegas.

TORIBIO.- Que no, señor; que las aceitunas no están aquí en casa, sino en el campo.

VECINO.- Pues traedlas aquí, que yo os las compraré todas al precio que fuera justo.

LENO.- A dos reales quiere mi madre que se venda el celemín.

VECINO.- Cara cosa es esa.

TORIBIO.- ¿No le parece a usted?

LENO.- Y mi padre a quince dineros

VECINO.- Dadme una muestra de las aceitunas.

TORIBIO.- ¡Válgame Dios, vecino, no me quiere entender!. Hoy he plantado un renuevo de aceitunas y dice mi mujer que de aquí a seis o siete años se convertirán en cuatro o cinco fanegas, que ellas las cogerán, yo las acarrearé y la muchacha las venderá. Y que por derecho propio, había de pedir dos reales por cada celemín. Yo que no; y ella, que sí. Y sobre esto ha sido la riña.

VECINO.- ¡Oh, que graciosa discusión! Nunca tal se ha visto, ¡ Las aceitunas nos están plantadas y ha llevado la muchacha paliza sobre ellas!.Iros vecinos y haced las paces, que yo consolaré a la muchacha (*salen los padres*).

No llores, rapaz, y quítate ese mandil que pareces una muchacha...

LENO.- ¿No soy una muchacha?

VECINOS.- ¡Válgame Dios! ¿Con esa barba cerrada y ese entrecejo quieres parecer moza?. ¡Espanto serías!. Vamos Leno, vuelve a dormir que a las aceitunas les faltan seis o siete años por criar?.

LENO.- ¡Que descansao me quedo! ¡Qué descansao!

(*sale el vecino y Leno duerme como al principio*)

ESCENA 3 LENO RECUPERA SU NOMBRE

(Leno se despierta)

LENO.- ¡Qué no soy Menigüela, que soy Mencigüelo! ¡Cata que esta ha sido pesadilla y de la malas!. ¡Que mis padres, que en paz descansen, estaban riñendo, como siempre, empeñaos en darme de papirotazos y en tratarme de muchacha!... y mi difunta madre Águeda, erre que erre con los dos reales de las aceitunas. ¡Bendito Arcángel Miguel que me ha librado de esa paliza!...

(Descubre que no está la Burra)

¡Qué se me han llevado la burra! ¡Qué la Ginessa no está! ¡Qué me la han robao! ¿Por todos los bollos mantecados del mundo que me la han quitao con toda la carga del café portugués! ¡Con lo que sufrimos entre los peñascos rodeando el río! ¡Antes prefieren ir a Fátima descalzo con un sapo en la boca atravesado en los dientes, que confesarle al señor médico que la he perdido, ¿Hay castigo mayor en este mundo?. Antes la horca que confesar la pérdida... ¡Qué me saquen todas las muelas si confieso la verdad! Pues me vuelvo al sueño que no puedo estar peor que aquí... *(Intenta dormirse y reza)*

Ilustrísimo Arcángel Miguel, vecino y protector de los necios, porque soy hombre de pocos rezos y menos luces, arrebatame las pocas luces que me quedan, para que no sepa ni quién soy, ni de donde venía ni a donde había de ir; y yo te prometo no volver a ensuciar con boñigas ni excrementos el nombre de ninguna divinidad del Cielo ni la Tierra, amén. ¡Qué así sea!

(Abre los ojos y se levanta)

Muchas cosas trajinan los hombres en sus sueños que les valdrían mas estar sin dormir. Paréceme a mí que de discreto y agudo he pasado a ser un bobo, que no conoce ni su nombre... ¡si nadie me lo dice no creo que lo recuerde!

(Aparece un Guardia Civil gallego o asturiano)

GUARDIA.- ¡Eh! Alto ahí! ¿quién eres? ¿Cómo te llamas?

LENO.- Eso querría yo saber.

GUARDIA.- ¿Qué tú nombre propio no sabes?.

LENO.- Ya me gustaría a mí.

GUARDIA.- ¡Mal asunto, eh, mal asunto! ¿Y de dónde has partido hoy?.

LENO.- Yo creo que de alguna casa.

GUARDIA.- ¿Y cuando saliste de la casa?

LENO.- Pues antes que el sol

GUARDIA.- ¿Y a por qué ibas?

LENO.- Pienso yo que a por una carga de aliagas para calentar el horno, que el pan estaba amasándose cuando salí.

GUARDIA.- Y entonces... ¿cuándo se había de cocer el pan?

LENO.- Pues, digo yo, que ayer mismo.

GUARDIA.- Buen recadero estás tu hecho para tanta prisa, en ayuno tienes a los que te aguardan.

LENO.- Pero, a lo mejor, pienso yo, que no iba a por una carga de aliagas, ni había horno para calentar, ni tan siquiera pan para amasar.

GUARDIA.- ¡Ay carajo! Pues entonces el asunto tiene otro color.

LENO.- Lo tiene, lo tiene...

GUARDIA.- ¿Y que buscabas por aquí?

LENO.- Saber quien soy o como me llamo. ¿usted, lo sabe?.

GUARDIA.- ¿De qué manera quieres que yo lo sepa?

LENO.- ¿De que manera?. Yo me volveré la cara hacia allá, me llamáis por mi nombre si os respondo, yo debo ser.

GUARDIA.- ¿Y si no respondes?

LENO.- No lo seré; seré alma de algún difunto.

GUARDIA.- Pudieras ser ánima de Santa Compañía.

LENO.- Pudiera ser pero no recuerdo.

GUARDIA.- ¿Por qué nombre quieres que te llame?

LENO.- Cuando era vivo, Leno me llamaban.

GUARDIA.- Pues por ese nombre te llamaré

LENO.- Déje volver de espaldas.

GUARDIA.- Vuélvete.

LENO.- Heme aquí. ¡Ya me podéis llamar!

GUARDIA.- ¡Leno!

LENO.- Alzad un poquito mas la voz.

GUARDIA.- ¡Leno!.

LENO.- ¿Qué os place?

GUARDIA.- Ah! ¿Ves cómo eres tú?.

LENO.- *(Abrazando al guardia)*. Si, si; yo soy, yo soy. En mi vida me había visto tan confuso.

GUARDIA.- Si que lo estabas, si. Ahora, ¿Qué vas a hacer?

LENO.- Buscar a mi burra Guinesa que creo que es ella la que se ha perdido.

GUARDIA.- Pues llámala, que allí donde respondiese estará.

LENO.- Seguiré el consejo.

GUARDIA.- Id con Dios. *(Sale)*

LENO.- ¡Ginesa! ¡Ginesa! Reventado muera si de aquí adelante no me hago poner un escrito en la espalda que diga quién soy, como me llamo y en que casa vivo.

ESCENA 4 LENO EN CASA

LENO.- ¡Guinesa...Guinesa...!

GUARGULLO.- ¡Ah, Leno! ¿Ya llegaste...?

LENO.- Más valiera que no.

GARGULLO.- ¿Por qué?

LENO.- Por una desgracia que me ha sucedido, ¿qué día es hoy?

GARGULLO.- Jueves

LENO.- ¿Jueves? Pues le sobran dos días para ser martes. ¿Y tú crees que hay días aciagos?

GARGULLO.- ¿Por qué lo dices?

LENO.- ¿Por qué tú no habrás visto a la Guinesa?

GARGULLO.- Mira Leno, que ni he visto a la burra, ni se que se ha hecho, ni se que te responda.

LENO.- ¿Harías una cosa por amor de mí, hermano Gargullo?

GARGULLO.- ¿Qué quieres que haga?

LENO.- Que entres en el establo y sepas de cómo nos perdimos el uno del otro, por qué camino echó, y si se despertancó y qué le aconteció.

GARGULLO.- ¿Y de quién tengo yo que averiguar eso?

LENO.- De la Guinesa.

GARGULLO.- No he dicho que no está en la casa.

LENO.- Eso es peor.

GARGULLO.- Entra tú allá y pregunta a los mozos si por ventura la vieron.

LENO.- ¡Mi madre! No me conocerá ya ninguno.

GARGULLO.- ¿Por qué no te habrían de conocer?

LENO.- Debo venir muy barbado

GARGULLO.- Pero si saliste ayer de mañana. ¿No te habrían de conocer?

LENO.- ¡Mira que milagro tan grande! Que hasta hace poco no me conocía ni yo mismo. Y, ¿el señor está en casa?

GARGULLO.- Pienso que sí.

LENO.- ¿Y podré entrar yo sin que me vea?

GARGULLO.- Bien podrás.

LENO.- Así le pondré buen remedio.

GARGULLO.- ¿Qué remedio?

LENO.- Me meteré en la pajiza, y le haré creer que los portugueses me hechizaron, robándome a la Ginesa y convirtiéndome en ratón de Brasil.

GARGULLO.- Milagrosa cosa es esa.

LENO.- Gargullo, aunque me haga ermitaño de pajar no te descuides en llevarme algo de comer que tengo el estómago hecho levadura de pura hambre.

GARGULLO.- Así haré, Leno.

ESCENA 5 LENO RATÓN

BUYTRAGO.- ¡Gargullo! ¿No llegó todavía Leno?

GARGULLO.- Yo no lo vi, señor.

BUYTRAGO.- ¡Oh hideputa! ¡El muy perro se habrá echado a dormir; mas me valiera haber mandado otro mozo menos necio. Pero ¿quién sino un simple se jugaría la vida cruzando la frontera, ha escondidas, de noche, arriesgándose a partirse la crisma...?

LENO.- ¿O a que le peguen dos tiros los guardias de frontera?

BUYTRAGO.- Ciertamente.¿Que es aquesto?¿Qué haces escondido?¿Y la burra?¿Y la carga?¿Dónde la has dejado?¿La perdiste?¿No hablas?¿Oyes?¿Nada dices? Gargullo, dame aquel látigo con que yo hago hablar a los mozos.

LENO.- Señor, se lo diría, si fuese mozo.

BUYTRAGO.- ¿Pues que eres entonces?

LENO.- Soy de lejos de aquí.

BUYTRAGO.- ¿De dónde?

LENO.- Por el mar he venido

BUYTRAGO.- ¿Por el mar?

LENO.- En un barco

BUYTRAGO.- ¿En un barco? ¡Animal de secano!, juraría que sois Leno, un mozo que yo había enviado para recoger una carga en la frontera.

LENO.- Engañado vive, señor Buytrago, que no soy, sino un pobre ratón de Brasil.

BUYTRAGO.- ¿Ratón? Mucho has criado para ratón.

LENO.- Es que me crié en tierra gruesa.

BUYTRAGO.- ¿Qué tierra gruesa es la vuestra?

LENO.- Una donde los hombres tienen dedos como el tamaño de vuestros brazos.

BUYTRAGO.- Grandes serán entonces los gatos.

LENO.- Más de quince metros tienen de largo.

BUYTRAGO.- ¿Y de ancho?

LENO.- Veintidós.

BUYTRAGO.- ¿Cómo es posible que sean más anchos que largos?

LENO.- Porque están criados en tierra gruesa de Brasil.

BUYTRAGO.- ¡Bien está! Gargullo, átales al brocal del pozo y no les des de comer hasta que se acuerde que hizo con la carga y la burra.

LENO.- Señor, no me ate que ratón manso soy. Encerradme en la cocina, junto a las ollas, para que espante a los gatos.

BUYTRAGO.- ¡Hágase lo que yo mando! Amarradle y no le deis de comer sino mondas de patatas y sobras de cardos para que se le amengüe el cuerpo de ratón.

LENO.- Fíe de mi palabra, que yo mismo me voy a amarrar. *(se va Leno con Gargullo).*

ESCENA 6 CORNUDO Y CONTENTO

BUYTRAGO.- ¡Maldita sea mi existencia por fiarme de un cabestro como este, que me ha echado a perder el negocio de esta noche... Pero ya le daré yo de palos para que recuerde que se hizo de la burra y la carga... Miradla quién asoma para mitigar mi pena; este es un animal convencido de que su mujer está enferma, y mientras ella se da buena vida con un estudiante que la visita dos o tres veces al día. Venga, venga para acá, que mientras le duren los pollos en el corral, a su mujer no le abandonará la fiebre...

(Entra Martín llevando unos pollos que entrega a Buytrago)

BUYTRAGO.- ¿Para que nada de esto amigo Martín?

MARTÍN.- Señor, disculpadme, que aún están pequeñuelos; pero sane a mi mujer y yo le prometo una docena de pavos.

BUYTRAGO.- Deos Dios salud.

MARTÍN.- No, no, primero a mi mujer, ruego a Dios.

BUYTRAGO.- Gargullo, llévate estos pollos.

MARTÍN.- Puede estar descuidados con ellos, ¿Sabe cómo los ha de comer?

BUYTRAGO.- No, por cierto.

MARTÍN.- Mire, primeramente los ha de quitar la vida y desplumarlos, y quitar las vísceras y los hígados, si los tuviera dañados.

BUYTRAGO.- Y, ¿después?.

MARTÍN.- Después ponerlos a cocer y comer si tuviera gana.

BUYTRAGO.- Bien me parece todo esto. Pues, ¿cómo se ha sentido esta noche vuestra mujer?.

MARTÍN.- Señor, algún tanto ha reposado, que como ha dormido en casa aquel su primo el estudiante, que tiene la mejor mano de ensalmador del mundo, no ha dicho en toda la noche: Aquí me duele.

BUYTRAGO.- Yo lo creo.

MARTÍN.- ¡Guárdenos Dios del diablo!

BUYTRAGO.- ¿Y quedó él en casa?

MARTÍN.- A Dios gracias que se quedó cuidándola.

BUYTRAGO.- ¿Tomó bien la purga?

MARTÍN.- ¡Ay mi madre, ni aún la quiso oler! Pero buen remedio les dimos para que le hiciese efecto la medicina.

BUYTRAGO.- ¿Cómo?

MARTÍN.- Señor, aquel primo suyo, como es muy letrado, sabe lo que el diablo deja de saber.

BUYTRAGO.- ¿De qué manera?

MARTÍN.- Me dijo: “Mirad, Martín de Villalba, vuestra mujer está de mala gana y es imposible que ella beba nada de esto. Decís que queréis bien a vuestra mujer.” Dije yo ¡Ay, mi madre! No estéis en eso, que juro que la quiero como las coles al tocino. Dijo él entonces; Pues tanto monta. Bien os acordáis que cuando os casaron con ella dijo el clérigo, ser unidos en una misma carne, dije yo: “así es verdad. Dijo él: “Pues siendo verdad lo que el clérigo dijo, y siendo todo una misma carne, tomando vos esta purga, tanto provecho le hará a vuestra mujer como si ella la tomase”

BUYTRAGO.- ¿Qué hicisteis?.

MARTÍN.- ¡Pardiez! A penas hubo acabado cuando ya estaba la escudilla mas limpia y seca que la de un gato.

BUYTRAGO.- ¡Bien le aprovecharía!

MARTÍN.- ¡Guárdenos Dios! Yo fui el que no pude pegar los ojos, que ella a las once del día se despertó; y tanto como a mí me había quedado revuelto el estomago, a ella le aprovecho, que se levantó con un hambre que se comiera un novillo, si se lo pusieran delante.

BUYTRAGO.- ¡En fin!

MARTÍN.- Señor, ¡En fin! que como yo no me podía menear del dolor que en estos hijares sentía, díjome su primo:! “ Andad mal punto, que sois hombre sin corazón! Por una negra purguilla estáis que no parecéis sino un búho al sereno”. Entonces el estudiante, diciendo y haciendo, apaño una gallina por el pescuezo y en un santiamén fue asada y cocida y engullida entre los dos.

BUYTRAGO.- ¿Y no participasteis?

MARTÍN.- ¡Ay mi madre! Bien lo quisiera yo, pero me dijo que le haría daño a mi mujer lo que yo comiere.

BUYTRAGO.- Hicisteis muy bien. De aquí en adelante, según me parece, basta que curemos vuestro estómago.

MARTÍN.- Si, señor. Pero no me mande mas de aquella purga, porque sino quedarán mis tripas como un cántaro agujereado.

BUYTRAGO.- Os acompaño en buena hora y acudid por acá mañana, que con un buen régimen que yo os recomendaré, vuestras tripas estarán curadas.

MARTÍN.- Dios lo haga, señor.

ESCENA 7 LENO MÉDICO

(Gargullo que ha estado observando toda la escena anterior)

GARGULLO.- Aguija, aguija, Leno, que si hoy nos sabemos valer, tenemos un buen lance entre manos.

LENO.- Por tu vida, y ¿qué lance?

GARGULLO.- Que si tú me sabes responder a lo que yo te iré preguntando, nos ganaremos dos reales.

LENO.- Aunque sea un ratón de Brasil.....

GARGULLO.- y un bollo mantecada.

LENO.- ¿Bollo mantecada?

GARGULLO.- Sí, bollo mantecada.

LENO.- ¡Por el siglo de tu madre!

GARGULLO.- Y por el de la tuya

LENO.- ¿Cómo? ¿De qué manera?

GARGULLO.- De esta; que yo, sin tener letras ninguna, me obligo a graduarte de médico.

LENO.- ¿Y me quedará hecho médico para todos los años de mi vida?

GARGULLO.- Y aún después de muerto

LENO.- ¡Diabólico eres! Veamos de que suerte.

GARGULLO.- Tú has de saber que el señor espera a una mujer de Salvaseantuspartes, que tiene su madre mala.

LENO.- ¿De dónde?

GARGULLO.- De Salvaseanturpartes.

LENO.- Y de las tuyas también.

GARGULLO.- ¿Estás melindroso?.

LENO.- ¿Me echas pullas?

GARGULLO.- ¡Pullero está el tiempo! Que no, que es de Salvensetuspartes.

LENO.- ¡Qué bellaquísimo nombre de lugar!.

GARGULLO.- Salvenseantuspartes están por donde la Raya, y como tiene su madre mala...

LENO.- ¿Quién? ¿El lugar?

GARGULLO.- ¡Válgate Dios! Que no, sino la mujer.

LENO.- De manera que dices que Salveseantuspartes, no tiene madre, sino que la mujer es hija de Salveseantuspartes y la hija que está mala ha de traer el bollo mantecada.

GARGULLO.- Que no, que si, no, digo que en Salveseantuspartes está una mujer mala, y ha de venir su hija a traer dos reales y el bollo mantecada para ambos.

LENO.- ¡Vaya! Sea como fuere, venga el bollo mantecado.

GARGULLO.- ¡No!

LENO.- ¿No?.

GARGULLO.- ¡No!, pero si. Cuando viniera no le preguntes nada sin tomar mi consejo.

LENO.- Descuida.

GARGULLO.- Porqué yo haré que te rijas por el curso de la medicina.

LENO.- Bien dices, cúmplase, de esta quedará graduado de tu mano . Y si ello es así y tiene efecto que, pardiez me he de ir medicinando de casa en casa, ganando reales y bollos mantecadas.

GARGULLO.- Pues aguarda; traeré las ropas del señor.

LENO.- Pardiez, este muchacho es diabólico, sí me gradúa de médico, esta vez quedará honrado todo mi linaje, y podrán mis padres, que en paz descansen desde su tumba, presumir de la agudeza de su ingenioso hijo Leno.

GARGULLO.- Ten, vístete esta ropa.

LENO.- ¿Por dónde la tengo que meter?.

GARGULLO.- Por aquí (*poniéndose una bata blanca*).

LENO.- (*A medio vestir*) Ya soy de este lado médico y de este otro Leno.

GARGULLO.- Acabemos, pon el brazo por esta manga.

LENO.- ¿Parezcote ahora médico?

GARGULLO.- Y muy perfecto.

LENO.- Pues dame el bollo

GARGULLO.- Aguarda, que la mujer lo ha de traer. Ten en cuenta que ahora eres tú el señor, y yo tu criado que me puedes mandar.

LENO.- ¿Tú eres mi criado?. Luego bien te puedo dar un cachete.

GARGULLO.- A placer (*se lo dá*), ¡pero no tan presto!

LENO.- ¡Pardiez! Que me tiene ya miedo este rapaz.

GARGULLO.- Y me puedes mandar cuanto quieras.

LENO.- Ensayemos eso por que no se yerre.

GARGULLO.- Ensayemos.

LENO.- ¡Gargullo!

GARGULLO.- ¿Señor?

LENO.- Diablo, folleto, pasquín, pásate aquí, no pases; siéntate, no te sientes; arrodíllate, no te arrodilles; échate al suelo, no te echas.

MUJER.- ¿Quién está en la casa? (*Entra con temor*)

GARGULLO.- Ya viene.

LENO.- Mira si es ella y acuérdate del bollo mantecada.

MUJER.- ¿Está en casa el señor Doctor?.

GARGULLO.- A ti pide.

LENO.- Yo soy médico

GARGULLO.- ¡Qué doctor y médico todo es uno!

LENO.- Todo sea uno

MUJER.- ¿Está en casa el señor?

LENO.- Dile que sí.

GARGULLO.- En casa está.

LENO.- En casa estoy, dile que quiere.

GARGULLO.- ¿Qué queréis, buena mujer?

MUJER.- Traíngle la orina.

LENO.- ¿La harina? Luego, ¿no está hecho el bollo?

GARGULLO.- La orina dice.

LENO.- ¿Orina?.

GARGULLO.- Las aguas.

LENO.- ¿Qué aguas?.

GARGULLO.- Los meados de su madre. Mira que tú los has de tomar con la mano y revolverlos como hace el señor.

LENO.- Vengan los meados! ¡Gargullo!.

GARGULLO.- Señor.

LENO.- Dile que entre.

GARGULLO.- Entra buena mujer.

MUJER.- Beso las manos de vuesa merced.

LENO.- Merced me llama. En todos los días de mi vida me han llamado merced, sino ahora; buena cosa es ser médico.

GARGULLO.- Di que se llegue.

LENO.- Llegaos acá. El bollo mantecada, Gargullo no se te olvide.

GARGULLO.- Bien está.

MUJER.- Beso sus manos

LENO.- Helas aquí. Pues, ¿cómo no me las besa?

GARGULLO.- Calla, que eso es señal de buena crianza.

LENO.- ¿Qué le diré?

GARGULLO.- Dile: vengáis en hora buena, mujer.

LENO.- Ruego a Dios que lo sepa decir y no me ría. ¡Toma, ya me río, ya me río! ¡ja, ja, ja,! No riáis, si riáis, ¡ja, ja, ja,!

GARGULLO.- Acaba, que pensará que burlamos de ella.

LENO.- Calla, que ahora se lo echo de golpe. Vengáis en buena hora, mujer de pro.

MUJER.- Dios le dé salud.

LENO.- Y un bollo mantecada.

GARGULLO.- Dile, que tal está su madre.

LENO.- ¿Cómo está vuestra madre?

MUJER.- Señor, mala.

LENO.- Pues esté buena.

MUJER.- No está, sino mala.

LENO.- Yo quiero que esté buena. ¿Qué quiere decir “esta mala, esta mala”? Ella ha de estar buena aunque le pese. Mira, cuando el médico dice que está buena, la mujer, ha de estar buena.

GARGULLO.- Pídele la orina.

LENO.- Dame la orina.

MUJER.- Tome, señor.

LENO.- Gargullo paréceme esto vino blanco

GARGULLO.- Dile qué es lo que hacía su madre cuando enfermó

LENO.- Decid, mujer honrada, ¿Qué hacía vuestra madre cuando enfermó?

MUJER.- Hacía rosquillas

LENO.- Así es verdad, que parece que las veo por aquí bullendo.

GARGULLO.- Dile que porque la orina muestra estar un poco inflamada, que tome vuestra madre cuatro hojas de acacias preparadas.

LENO.- Mira, mira, porque la orina muestra estar un poco inflamada, que tome nuestra madre cuatro onzas de empanada. ¿cuatro onzas?.

MUJER.- ¿Dónde podré hallarlas?

LENO.- En la panadería

GARGULLO.- ¿Qué diablos dices? Que te turbas

LENO.- Si tuviera ya el bollo mantecada, maldita la cosa que me turbase.

GARGULLO.- Lo tendrás. Ahora dile, que si tiene algo desvanecida la cabeza, le den algunos confortativos.

LENO.- Mirad, por si esta vacía de la cabeza vuestra madre, trabajad y que le den algunos higos.

MUJER.- ¿Qué higos? ¿Blancos o negros?

LENO.- Blancos, negros, verdes, de todos las clases

GARGULLO.- Dile, porque la sustancia no le haga mal, que le den algunas tajadas de membrillo.

LENO.- Se lo diré: mujer, porque no le haga daño de comer a vuestra madre dadle algunos grillos

MUJER.- ¿Y dónde las hallaré?

LENO.- En el campo

GARGULLO.- Que no, sino en casa de los boticarios

LENO.- Sí, sí, en casa de los notarios

GARGULLO.- Dile esto: que porque su mal tira a hemiplejia

LENO.- Mujer porque su mal tira a lejía, ¿qué digo? a pedrería.

GARGULLO.- ¡Calla! Y mira la orina

LENO.- ¡Mas quería mirar el bollo!

GARGULLO.- Dile...

LENO.- ¿Que le diré?

GARGULLO.- Que porque la orina muestra que tiene mucha sangre, que la sangren y le saquen cuatro onzas de las venas de todo el cuerpo.

LENO.- Escucha, mujer, que porque tiene mucha sangre vuestra madre, hazla sangrar de las venas de todo el cuerpo, y que la saquen cuatrocientas onzas de sangre.

MUJER.- ¡Jesús!, si no tiene tanta sangre mi madre.

LENO.- Aunque no la tenga, con decirlo el médico la ha de tener. ¿Qué sabéis de esto de la sangre? Mira, mujer, si le faltare sangre venid, que yo le daré hasta que le sobre.

MUJER.- ¿Y con esto se pondrá buena?

LENO.- El médico lo dice y se pondrá.

MUJER.- Pues tomad los dos reales, y su criado el bollo mantecada.

LENO.- No, no; venga todo en mi poder. ¿Qué confianza es esa?. Mira Gargullo, porque esta señora parece mujer de bien, dale aquella redoma de líquido blanco que tengo bajo la cama de la señora, y que se la beba toda y así luego sanará su madre.

MUJER.- Dios le consuele, señor doctor, y le de larga vida. *(sale)*

LENO.- Andad con Dios. En todos los días de mi vida me he visto señor de bollo mantecada, sino ahora. Provechoso oficio es ser médico.

GARGULLO.- Hermano Leno, a la parte

LENO.- ¿A la parte? Sólo me lo he ganado, sólo me lo he de comer. ¿Qué ya olvidaste que eres mi criado, y obediencia me debes?

GARGULLO.- Abandona la farsa Leno, recuerda que fui yo el que te licenció doctor.

LENO.- Hartos sudores me costó el estudio

GARGULLO.- ¡Trae acá ese bollo mantecada!

LENO.- ¡Gargullo que médico soy y solo me lo he de comer!

ESCENA 8 CONSEJOS DE LADRÓN

(Aparece Cazorla, su sola presencia hace pensar que el infierno no ha de hallarse muy lejos).

CAZORLA.- ¡Reniego de matarifes y aves de mal agüero!, así como de esculapios, matasanos, sacamuelas, cirujanos y demás farsantes que, pasándose por curanderos, se dedican a hurtar la salud ajena; gentecilla que denigra y vilipendia el noble arte del birleo y la garduña ¡Juro por el gran Manolete, que en gloria esté, que si entre las manos tomo aquel que ha dicho esa blasfemia que acabo de oír a puros papirotazos convierte su pellejo en pergamino virgen!

LENO.- ¿Pues qué dije?

CAZORLA.- Palabras muy mal sonantes en nuestra cofradía...

LENO.- ¿Qué palabras fueron?

CAZORLA.- ¡Sólo me lo he de comer! *(Le arrebató el bollo mantecado)*, ¿Es esto justo entre socios que comparten penas y alegrías?

GARGULLO.- ¡Por Dios, señor! Sois Cazorla, ya os conozco de los tiempos de Granada, en el Sacromonte...

CAZORLA.- Allá tuve una pasión de mucho quilate *(empieza a comerse el bollo para desesperación de Leno)*

LENO.- ¿Con quién?

CAZORLA.- Con la señora justicia, nada menos

GARGULLO.- En verdad que le hicieron a vuestras espaldas hartó agravio

CAZORLA.- ¿Visteis hombre de mayor ánimo, en los días de vuestra vida, que el que yo tenía encima de aquel estrado, con ser el verdugo mi mayor enemigo?

GARGULLO.- ¡Nunca!

CAZORLA.- Tan encarnizado estaba contra mis espaldas, que a punto estuve de bajarme de la tribuna e invitar a todos los presentes a un aguardiente, para que no decayese los ánimos ni el entusiasmo de la asamblea.

LENO.- ¿Y por qué no lo hicisteis?

CAZORLA.- Porque me tenían atado.

GARGULLO.- Me espanto cómo no murió de cómo llevaba las espaldas, que se decía que le habían dado doscientos azotes.

CAZORLA.- ¡Juro a tal que es la mayor mentira del mundo, y que el bellaco que la inventó, miente como un grandísimo tacaño!

GARGULLO.- Señor, lo vimos todos en la plaza

CAZORLA.- ¿Contasteis los azotes que me dieron?

GARGULLO.- ¿Para que lo íbamos a contar?

CAZORLA.- Porque los verdugos son gente iletrada y si apenas saben hacer la “o” con un canuto, mas difícil es que sepan contar hasta llegar a doscientos...Yo os aseguro que apenas fueron una docena...

GARGULLO.- Pero un desmayo os vino cuando os sangraba la espalda, que parecíais un nazareno ...

CAZORLA.- Artes de buen comediante que son necesarios en este nuestro oficio. Un consejo os quiero dar en honor de aquellos tiempos.

LENO.- ¿No sería el consejo más provechoso compartiendo el bollo mantecada?

CAZORLA.- ¿Acaso sois aprendices que gusta recibir lecciones de balde? ¡Voto a Dios!

GARGULLO.- Cómase con gusto el bollo mantecada, señor Cazorla, que tanto Leno como yo estamos hambrientos por escuchar sus lecciones.

CAZORLA.- Yo he tenido en esta miserable vida cuatro cosas que no las ha tenido ningún ladrón de mi tiempo: disimulación en el rostro, presteza en las palabras, sufrimiento en el tormento y mucha paciencia contra las que juraban contra mí. Cuando el juez iba a dictar condena, yo sacaba mi mano muerta como una morcilla, que para eso me había dado yo unas cuchilladas antaño, en todo el antebrazo, y viéndola el juez decía: “Sentencio que este hombre es lisiado, inútil para trabajos”.

GARGULLO.- Entonces, sois manco.

CAZORLA.- (*Sacando la mano*). ¡Más sana la tengo que tú!. Que para este negocio es menester hacerse ciego, manco, cojo y mudo algunas veces.

GARGULLO.- ¿Y que jerigonza reciben los ladrones según los que aficionanan a robar?.

CAZORLA.- A los que hurtan ganado, abejeros; a los que hurtan puercos, gruñidores; a los de yeguas y caballos, cuatreros; a los que escalan ventanas, gariteros; a los que roban en bolsillos, rateros; a los que hurtan naranjas, uvas y cosas bajas en el mercado, bajacerreros...(*termina de comerse el bollo*).

LENO.- ¿Y a los que hurtan bollos mantecados?

CAZORLA.- Deleitosos en el oficio.

LENO.- ¿Porqué?

CAZORLA.- Porque es maná del cielo y capricho de la reina.

LENO.- ¿Porqué capricho de la reina?

CAZORLA.- Porque aquel que se lo come se siente como un Rey.

ESCENA 9 EN TIERRA DE JAUJA

(Entra Mendrugo, portugués, con el cuerpo alegre y una cazuela)

MENDRUGO.- Mala noche me diste
 María de Rión
 con el binbilindrón

CAZORLA.- Ahí tenéis a un portugués; a ver el provecho que habéis sacado de mis lecciones.

GARGULLO.- Ven y tercia conmigo, Leno, que mostrarnos al señor Cazorla nuestro talento.

LENO.- Antes prefiero ser ratón de Brasil que médico escaldado.

MENDRUGO.- Mala noche me diste
 Dios os la dé peor,
 del binbilindrón, drón, drón.

CAZORLA.- ¿Y no ha visto el ratón la cazuela que lleva el gato?

LENO.- Le veo y vuelvo al aprendizaje.

CAZORLA.- Me retiro a examinaros *(sale)*

MENDRUGO.- ¿Hablan ustedes conmigo o con ella?
 Dios , os la de peor
 Del bilindrón, drón, drón.

LENO.- ¿Quién es ella?

MENDRUGO.- Una que está así redonda con sus las asas y abierta por arriba.

GARGALLO.- En verdad, no hay quien acierte tan extraña pregunta.

MENDRUGO.- Se dan por vencidos.

GARGULLO.- Si, por cierto.

MENDRUGO.- ¡Cazuela!

GARGULLO.- ¿Qué cazuela lleváis? *(se aproxima a ella a tocarla)*

MENDRUGO.- Que no, ténganse. ¡Llévalos el diablo, que ligeros son de manos!

GARGULLO.- Pues decidnos ¿a dónde vais?

MENDRUGO.- Voy a la cárcel para todo aquello que os cumpliere.

GARGULLO.- ¿A la cárcel, y a qué?

MENDRUGO.- Tengo señores, mi mujer presa.

GARGULLO.- ¿Y por qué?.

MENDRUGO.- Por cosas del aire, sin sustancia. Dicen malas lenguas que por alcahueta.

GARGULLO.- ¿Y vuestra mujer no tiene ningún favor?

MENDRUGO.- Si, señor, tiene muchos amparos y valedores, tantos, que han ordenado entre todos que porque mi mujer es mujer de bién, y mujer que lo puede llevar, que le den un obispado.

LENO.- ¿Obispado?

MENDRUGO.- Si, obispado. Y ruego a Dios que lo sepa ella bien regir, que según dicen algunos: "ricos quedamos de esta vez".

LENO.- (*A Gargullo*). ¿Pero este mendrugo no se ha enterado que a su mujer la ha condenado por puta y la van a pasear desnuda y emplumada por las calle?

GARGULLO.- ¡Calla Leno!

MENDRUGO.- ¿Saben ustedes que dan en estos obispados?

LENO.- ¿Sabes que dan?. Mucha miel, mucho zapato viejo, mucha borra y pluma y, muchos berenjenazos...

MENDRUGO.- ¡Válgame Dios! ¿Todo eso dan?. Ya deseo yo verla obispa

GARGULLO.- ¿Para qué?

MENDRUGO.- Para ser yo obispo.

GARGULLO.- ¡Ojala que lo fueras de la tierra de Jauja!

MENDRUGO.- ¿Cómo? ¿Qué tierra es esa?

GARGULLO.- Una muy extrema en cosas buenas, pagan sueldos a los hombres por dormir.

MENDRUGO.- ¡Por mi vida!

GARGULLO.- Ven acá; siéntate y te cantaremos las maravillas de la tierra de Jauja;¿eh?, Leno.

MENDRUGO.- ¡De Jauja!

GARGULLO.- De la tierra que azotan a los hombres porque trabajan.

MENDRUGO.- ¡Oh!, que buena tierra! Cuéntame las maravillas de esa tierra por vida vuestra.

GARGULLO.- ¡Sus! Ven acá; asíéntate aquí en medio de los dos.Mira...

MENDRUGO.- Ya miro, Señor.

GARGULLO.- En la tierra de Jauja hay un río de miel, y junto a él otro de leche; y entre río y río hay un puente de mantequilla encadenada de requesones, y caen en aquel río de la miel, que parece que están diciendo; ¡Cómeme, cómeme! . (*Le señala a Leno para que coma de la cazuela*)

MENDRUGO.- ¡Pardiez!, no era menester a mí convidarme tantas veces.

LENO.- (*Deja de comer y se alterna con Gargullo que es ahora el que engulle*). Mira, en la tierra de Jauja hay árboles con ramas de tocino.

MENDRUGO.- ¡Benditos árboles! Dios os bendiga, amén.

LENO.- Y las hojas son hojuelas, y el fruto de estos árboles son buñuelos y caen en aquel río de la miel, diciendo ellos mismos: “¡máscame, máscame!

(*Gargullo se alterna con Leno que vuelve a comer de la cazuela, a espaldas de Medrugo*).

GARGULLO.- ¡Vuélvete acá!

MENDRUGO.- Ya me vuelvo.

GARGULLO.- En la tierra de Jauja las calles están empedradas con yemas de huevos, y entre yema y yema un pastel con las hojas de tocino.

MENDRUGO.- ¿Asadas?

GARGULLO.- Asadas, que ellas mismas dicen: ¡Tragadme, tragadme!

MENDRUGO.- Ya me parece que las trago.

LENO.- ¡Entiende bobazo!

MENDRUGO.- Diga que ya entiendo.

LENO.- Mira, en la Tierra de Jauja hay unos asadores de trescientos pasos de largo con gallinas, capones, conejos, liebres, perdices,...

MENDRUGO.- ¡Ay, como me las como yo a esas!

LENO.- Y junto a cada ave un guarrito, que no es menester más que cortar, que el mismo dice: “¡Engúlleme, engúlleme!”.

MENDRUGO.- ¿Qué las aves y los guarros hablan?

GARGULLO.- ¡Óyeme!

MENDRUGO.- ¡Ya oigo! Pecador de mi, estaría todo el día oyendo cosas de comer.

GARGULLO.- En la Tierra de Jauja hay muchas cajas de confituras, mucho calabacete, muchos membrillos, muchos mazapanes, muchas...

MENDRUGO.- Diga más pausado eso, señor.

GARGULLO.- Hay perrunillas y redomas de vino que dicen; “Bébeme, cómeme, bebeme, cómeme”!

MENDRUGO.- Ya me parece a mí que las engullo y las bebo.

LENO.- Mira en la Tierra de Jauja hay muchas cazuelas con huevos, patatas y queso....

MENDRUGO.- ¿Cómo ésta que yo traigo?

(Al volverse, Gargullo y Leno echan a correr)

¡Válgame el diablo! ¡Parecen vencejos! ¡Allá vuelan mis palominos de la Tierra de Jauja!
¡Volveos acá que con gusto quiero seguir escuchando tantas cosas buenas de esa tierra! ¿Y qué es de mi cazuela? ¡Juro que ha sido bellaquísicamente vaciada ¡Válgame con los de las patas luengas ¿Si había tanto que comer en su tierra, para que se comían mi cazuela? ¡Pues juro por el Obispado de mi mujer que pondré a todos los carabineros detrás de ellos!

ESCENA 10 LA ASTUCIA DE LA GITANA

GITANA.- ¡Dios te guarde, señor honrado! Y te libre de carabineros y guardias que solo buscan nuestra perdición. ¡Dios bendiga a tu hembra por el obispado que la han de conceder, y ambos dos lo disfrutéis con salud; que tienes cara de mucha alegría, mucho pan y mucho brillo de oro iluminan tus ojos; dame una limosna y te diré la buenaventura.

MENDRUGO.- Déjame gitana, que me embaucarás como los vencejos de Jauja.

GITANA.- ¡Calla, calla señor honrado, que de esas tierras no puede venir nada bueno...

MENDRUGO.- Pues sabroso estaba la que contaban, que gusto daba oírlo, verlo, olerlo y aún comerlo.

GITANA.- ¡Quimeras de diablos! Tierra de Jauja es tierra de encantamiento, donde los diablos salen para burlarse de las buenas gentes.

MENDRUGO.- Pues, malditos sean todas las tropas de diablos que las habitan, que me hicieron ver ríos de miel, árboles de buñuelos y guarritos que hablaban...

GITANA.- Mucho encantamiento te hicieron ya me parece que hueles a azufre del infierno.

MENDRUGO.- (*Asustado*) ¿A eso huelo? ¡Por el Santo Rey Sebastián! que estuvieron encima mío, haciéndome creer ensueños mientras comían de mi cazuela.

GITANA.- Sosiégate, señor gentil, no te fatigues innecesariamente, que esta gitana tiene mas ciencia de la que tu adivinas; aquí tengo una ramita de mandrágora que te libraré de encantamiento y demonios.

MENDRUGO.- ¡ Por el amor de Cristo, dádmela ya, madre, que yo os he de servir en todo lo que fuera necesario!

GITANA.- Mira que la madrágora tiene mucho poder.

MENDRUGO.- Por los clavos del Señor, dámla y que se me vaya este olor a azufre; que si me presento así en la cárcel a mi mujer han de negarle el Obispado que le prometieron.

GITANA.- ¿Y con qué me pagaréis?

MENDRUGO.- Con esta bolsa de higos

GITANA.- Poca cosa es esa

MENDRUGO.- Pues, por la Virgen de Fátima, quedaros con los restos de la cazuela y dadme la mandrágora.

GITANA.- Mal negocio hago contigo.

MENDRUGO.- Señora gitana, os juro que cuando sea Obispa mi mujer, nada os ha de faltar, y que mi casa estará abierta para toda vuestra familia, y que en Portoalegre tendréis cobijo cuando se os antojase, que al mismo Papa de Roma, yo le daré buena recomendación de vosotros y todos los de vuestra raza; que yo se, que se os hace mucha persecución injusta por haber matado a nuestro Señor Jesucristo...

GITANA.- ¡Qué dices, hijo de perra, hijo de mala madre, hijo de Satanás, hijo de todos los cornudos! ¡Que no fuimos nosotros sino los judíos!

MENDRUGO.- ¡Pues en Portoalegre siempre se dijo que fueron los gitanos!

GITANA.- ¡Malas puñaladas te den a ti y a todos los de Portoalegre! No contentos con acusarnos de todo los males del mundo, lo hacéis también con la cruz de Cristo. ¡En mala hora te conocí! ¡ Que el azufre del infierno te abraze desde el ano al colodrillo!

MENDRUGO.- ¡Misericordia, señora gitana, que soy un ignorante!

GITANA.- Dame esa bolsa de higos y la cazuela, y no te vea yo a ti más. ¡Toma la mandrágora!

MENDRUGO.- ¿Y que ha de hacer con ella?.

GITANA.- Hervirla y beberla durante cuarenta noches, así tu cuerpo quedará limpio de azufre...

MENDRUGO.- ¡Yo os juro que el señor Cristo os sabrá perdonar! (*sale*)

GITANOS.- ¡Iros al infierno! Mentecato, simple. Allá te emplumen y coronen de nabos y berenjenas como a la putañona de tu mujer. Pobre negocio hemos hecho, una cazuela de sobras y una bolsa de higos y ...(*descubre a Leno*) un curioso tenemos que nos husmea, pues ven acá grajo que te haré creer lo que no imaginas, ven a comer de la palma de mi mano.

ESCENA 11 LENO RICO

(Leno escondido)

LENO.- ¡Si Gargullo fuera liebre, no habría galgo ni podenco que lo atrapase!. Ahí está el infeliz portugués dejándose embaucar por la gitana; si la vista no me miente, sostiene con disimulo una bolsa....

GITANA.- *(Fingiendo)* ¡La Fortuna me ha favorecido! ¡ Qué la bolsa está llena de diamantes y rubíes! ¡Esto vale un tesoro! ¡Esto vale un tesoro!

LENO.- ¿Cómo? Bien oigo lo que dice, que no estoy sordo.

GITANA.- Ese infeliz aparentaba miseria y nadaba en la abundancia

LENO.- Está quedo Leno, que la presa es tuya. Tente, tente.

GITANA.- He de esconderle en sitio donde no la vea nadie. *(Hace de esconderla)*

LENO.- ¿Iré? ¿No iré? ¿Voy o no voy? Tente Leno.

GITANA.- ¡Ay, un hombre veo allá!; paréceme que me ha visto. Desenterraré la bolsa.

LENO.- Estate ahí ladrona. ¿Qué hacías aquí?

GITANA.- Estoy aquí. ¿Qué me quieres tú a mí? ¿Qué me quieres?

LENO.- ¿Qué me quieres? ¿Qué me quieres? ¿Tú no lo sabes? ¡Saca la bolsa que me has robado.!

GITANA.- ¿Yo? ¿Qué bolsa? ¿Burlaste conmigo?

LENO.- ¡Ah, burlaste conmigo, burlaste conmigo! ¿No tienes vergüenza? Vamos a buscar a un guardia.

GITANA.- Está quedo. No me impidas mi camino, ni me estorbes mi trabajo, hombre honrado, hombre honrado.

LENO.- ¡Ah, hombre honrado, hombre honrado! Anda acá hermana, no des voces, que médico soy.

GITANA.- ¡Ay, hermano! Por amor de Dios, ya que sabes el negocio no lo descubras, déjame la bolsa y partimos la mitad para ti y la mitad para mí.

LENO.- Que me place, hermana; yo callaré. Portámosla y soy contento.

GITANA.- Pero hazme un placer, hermano, que en tanto pasa el peligro de la justicia, préstame algunos dineritos.

LENO.- Tome un real, que acabo de ganar honradamente sanando a una mujer enferma.

GITANA.- ¿Un real? ¡Poquita cosa es, tengo mucha familia que alimentar!.

LENO.- Hazme hecho tanta lástima que te daré dos, y no me pidas más.

GITANA.- ¡Dios te de salud, hermano! Voy a llevar las sobras de esta cazuela a mis churumbeles que muertos de hambre están las pobrecitas criaturas. Por el amor de Dios, que no toques la bolsa hasta que yo vuelva.

LENO.- ¡Guárdeme Dios! No, no, no la tocaré; yo te lo prometo. Con lo que es mío me ayude Dios, que lo ajeno no lo quiero.

GITANA.- Ven acá, hermano, ¿Dónde está tu casa?

LENO.- ¿Sabes la Plaza Chica?.

GITANA.- Si, muy bien.

LENO.- Aguarda, que no está ahí mi casa.

GITANA.- Pues, ¿dónde?

LENO.- ¿Sabes la placeta de las Moscas?

GITANA.- Esa no.

LENO.- No importa. ¿Sabes la calle de los Asnos?

GITANA.- Si sé.

LENO.- Pues tampoco vivo ahí, vete al portal del Cojo y pregunta por un zapatero nuevo que se llama maestro Pitarra; y en un poyo que está junto a su casa, siéntate hasta que yo vaya.

GITANA.- Pues, hermano, por amor de Dios, porque vaya sin peligro de la Justicia, préstame esta bata tan bonita que llevas hasta que yo vuelva, porque no sea conocida.

LENO.- Toma hermana, avíate.

GITANA.- Te torno a avisar que no toques la bolsa hasta que yo vuelva.

LENO.- ¡Guardo y cumplo mi palabra!

GITANA.- Queda pues con Dios.

LENO.- Y el te guíe.

Allá va, con los pies en polvorosa (*Se va la gitana*). Ora, ¡sus! Yo me quiero detener un poco antes de sacar el venturoso tesoro, no vaya a ser que la mujer vuelva y me halle poco cumplidor de mis palabras.

¡Ay Leno, Leno, como la fortuna ha premiado tu ingenio! ¡Qué hace unas horas no conocías ni tu nombre y de ratón pasaste a médico, y de ahí a pregonero de la Tierra de Jauja, y finalmente a poseer un tesoro! ¡Y todo por tu buena cabeza y la necesidad de los demás! ¡Ea, vecinos, vecinos, los que andáis haciendo cábalas y conjuros por hallar los escondidos tesoros, acudid al venturosísimo Leno, el cual, hoy sin trabajo ni conjuro ha descubierto un tesoro con el que permanecerá rico para todos los días de su vida!

Ahora entretanto, quiero pensar que tengo de hacer con tanto dinero. Lo primero serán unas casas en lo mejor de esta ciudad; las haré pintar por fuera y por dentro a lo madrileño, para que se note que soy hombre viajado. Haré que me pongan un coche en que me pasee tirado por caballos blancos. Haré vestir a mis criados de librea, que será roja y blanca, significando rubíes y diamantes. Haré matar a todos mis parientes, porque viéndome tan rico, no codicien la hora de mi muerte, y también porque no sepa nadie de mi linaje.

El vivir mío no quiero que sea de mercader, que es vida desasosegada, sino de médico, que es tranquila, respetuosa y agradecida en bollos mantecadas. Cuando vaya por la calle llevaré un paso grave para que todos se quiten el sombrero saludándome. Porque como dicen: “tanto tienes, tanto vales”. Ahora no puedo detenerme en mas palabras, sino sacar el venturoso tesoro. ¡Elo, elo!. ¡Ea, santos benditos, encended grandes luminarias; abrid las ventanas del cielo que voy a ver lo que contiene esta dichosísima bolsa.!

ESCENA 12 LENO EN LA GUERRA

SEBASTIANA.- ¡Justicia, Leno, justicia por la madre que te engendró!. Que una pelleja asquerosa, piltrafa, ramera, miserable y muerta de hambre.

LENO.- (*guardándose la bolsa*) Embebido estoy de oírte hablar Sebastiana.

SEBASTIANA.- ¡Me ha maltratado y ofendido! Todo empezó con la Marcelina en la fuente discutiendo cual llenaría su cántaro primero, venimos a las palabras y de allí a las manos.

LENO.- ¡Ah, pese a la puta! ¿Por qué no me hallé presente?

SEBASTIANA.- ...me llamó bordonera, piojosa y que sus alpargatas valían mas que todo mi linaje.

LENO.- ¡Ah, putañona! ¡Como si no supiese que su madre fue una segunda Celestina!

SEBASTIANA.- Y amenazándole yo contigo, me dijo: “El Leno es un ladrón desorejado!...”

LENO.- ¿Eso dijo? ¡Ay, Dios como no se hunde la tierra!

SEBASTIANA.- Y otros mil bellaquerías más que, por no darte enojo, dejaré de decir.

LENO.- Ya, ya, no me digas mas ¡Ladrón desorejado! ¿Y de dónde le han nacido alas a esa hija de las liendres? ¡Déjame, con ella que el Leno de antes no es el de ahora! No ha nacido hija de madre que me tome a mí por una gallina.

SEBASTIANA.- Y le dije que mentía como bellaca, que tus orejas estaban en su sitio y yo te la había visto, revisto y tocado...pero entontes ella me dijo que estaban pegados y recosidas por ladrón.

LENO.- ¡Ah, pícaro!. ¿Por ladrón a mi? ¿No sabe Dios y todo el mundo que nunca hombre ganó tanta honra quedando sin orejas como quedé yo?

SEBASTIANA.- Yo te creo. Pero dime Leno, ¿Cómo te lisiaron de ellas?

LENO.- En la guerra de Marruecos.

SEBASTIANA.- ¡Estuviste en Marruecos!

LENO.- Allí mismo estuve, peleando contra los moros y aconsejando a un general que quería hacer una maniobra de mucha torpeza; me ofrecí voluntario para saltar sobre las líneas enemigas, y allí estuve, yo solo, luchando contra más de doscientos rebeldes.

SEBASTIANA.- ¡Válgame Dios, que tan grande hazaña callada la tenías! Mas las orejas, ¿Cómo las perdiste?

LENO.- ¡A eso voy! Viéndome cercado de todos y terminándose las balas use un ardid de guerra, me arranqué yo mismo las orejas de cuajo, y se las arrojé a unos moro gigante que contra mí peleaba. Del golpe le torcí el pescuezo y quebré once dientes.

SEBASTIANA.- ¡Espantada estoy de tu bravura!

LENO.- Al término de aquella hazaña el general reconoció mis méritos y yo mismo me cosí las orejas con hilo de cirujano.

SEBASTIANA.- ¡Y requetebién bonitas quedaron!

LENO.- El mismo general me ascendió a cabo.

SEBASTIANA.- Ya le diré yo a esa piojosa, que va presumiendo de amancebada del ladrón Cazorla, que si no se disculpa conmigo, has de hablar tú con su rufián y poner las cosas en su sitio.

LENO.- ¡Ah, Cazorlilla, Cazorlilla, que no me encuentre yo contigo!

ESCENA 13 LENO HUMILLADO

SEBASTIANA.- ¡Aquí llega ese truhán, agujoneando por el pico de la Marcelina!

(Llega Cazorla y Leno tiembla)

CAZORLA.- ¡Salud, Leno! Muy protector te veo de bravuconas que tienen por hocico un avispero.

SEBASTIANA.- ¡Leno, no te enrabietes y arranques las orejas todavía!

CAZORLA.- Di, bellaco, ¿No te parece que esa mujercilla no vale ni para descalzar un zapato de Marcelina?.

LENO.- Espérese, señor Cazorla, que me he de certificar de ello. ¿Sebastiana, es verdad lo que dice el señor Cazorla?

SEBASTIANA.- Pero si en la vida ha tenido zapatos la Marcelina.

CAZORLA.- Dejémonos de sutilezas, señora doña andrajosa. Y tu, Leno, si algo tienes que decir, dilo ahora, antes de que a esta ictericia la cuelgue por los tobillos para que se le pase la mala sangre.

SEBASTIANA.- ¡ Arráncate las orejas, Leno!

CAZORLA.- ¿Qué historia es esa?

SEBASTIANA.- Que Leno te quebrará de una sola atacada, con sus orejas, todas tus muelas , si me tocas un pelo.

CAZORLA.- ¿Es eso cierto? ¡Desorejado te veo!

LENO.- En verdad, señor Cazorla, que estas orejas no son mías, que me las dejó un amigo a condición de que no riñese con ellas.

CAZORLA.- ¿Se os paso el ardor guerrero?

SEBASTIANA.- Vamos Leno, pelea como como contra el moro en la guerra de Marruecos.

CAZORLA.- ¿Soldado tenemos?

SEBASTIANA.- El sólo tumbó a doscientos .

LENO.- Por Dios, Sebastiana no exageremos.

SEBASTIANA.- ¿Acaso miento?

CAZORLA.- ¡Doscientos moros!, cobardón, desdecíos de lo que le contaste a tu amiga.

SEBASTIANA.- Arrójale ya las orejas Leno, pártelo el pescuezo, que se burla de tu hombría.

LENO.- ¡Quita, quita, mujer, en verdad que entre amigos del mismo bando no son necesarios guerras ni aniquilamientos!.

CAZORLA.- Desdicete, o me llevo tus orejas de trofeo .

LENO.- Perdonadme, pero no me quiero desdecir.

CAZORLA.- ¿No..? ¡Pues aguarda! *(Saca una navaja)*

LENO.- Téngase, señor, que yo me desdiré. Pero ha de ser con toda mi honra, si no os molesta

CAZORLA.- ¿De qué suerte?

LENO.- De esta: cuanto te dije Sebastiana es porque estaba borracho y fuera de mi seso. No hay más que tratar.

SEBASTIANA.- Grandísimo embaucador, trolero, vendehúmos, patrañero, antes prefiero ser azotada por Cazorla que volver a mirarte a la cara.

CAZORLA.- Por vuestra bellaquería, la pobre Sebastiana queda desconsolada...No preocuparos, mujer, que yo os consolaré convirtiendo a Leno en asno desorejado.

LENO.- Por Dios, Sebastiana, apiádate....

SEBASTIANA.- Ya no me acuerdo de ti, ni de tu nombre.

LENO.- ¡Por mi vida, que si tu no lo remedias, lo haré yo! Indulte a mis orejas, señor Cazorla que yo a cambio os compensaré con un tesoro...

CAZORLA.- No estáis para burlas.

LENO.- ¡Aquí tenéis. *(Le da la bolsa la abre Cazorla)*

CAZORLA.- ¡Y que me ofrecéis ganapán, higos y más higos, gentil negociante sois, por cierto!

LENO.- ¡Ay, pobre de ti, Leno, que te dejaste engañar por la gitana! Verdaderamente hoy he merecido el título de rey de los asnos.

SEBASTIANA.- Perdonadle, señor Cazorla, que se me parte el alma, viéndole tan pingajo.

CAZORLA.- Pues para que no se me acuse de falta de entrañas, indulto a vuestras orejas, a cambio de que recibáis de la señora Sebastiana tres pasagonzalos en esas narices, bien pegados.

LENO.- ¡Señor, por amor de Dios! Si puede ser, no sean pasagonzalos, sean pasarodrigos.

CAZORLA.- ¡Sus! Arrodillaos, porque más derrotadamente los recibáis.

LENO.- Ya estoy, señor, arrodillado . Haga de mí lo que se le antojare.

CAZORLA.- Ea, dueña, ¿Qué aguardáis? Dadle recio y tened tieso ese pescuezo.

LENO.- ¡Señora Sebastiana! Misericordia! ¡No tan necio!

(Sebastiana le golpea)

CAZORLA.- ¡Bien está!; veníos conmigo, que yo compraré unos botines que serán la envidia de todas las vecinas.

SEBASTIANA.- ¡Ay, señor Cazorla! Que si me lo pedís me pongo una lejía para enrubiarme los cabellos y me hago esclava vuestra.

(Se van)

LENO.- ¡La moza se me lleva! ¡Ah, Leno, Leno! Mejor hubiera sido no desdecirte y reñir de bueno a bueno con Cazorla, así no quedarías humillado, despojado de fortuna y harto de pasarodrigos. ¡Ay narices mías que aún me duelen! En seso estoy de ponerlas en el culo de un perro porque se ablanden. ¡Maldita sea mi fortuna, que tan pobre y miserable estoy como al principio! Pues animaos Leno, confortaos y comenzad a sufrir y ser paciente, que por los hombres, como dicen, suelen venir las desgracias. ¡Y por la hora postrimera que ha de llegar, recibiré todos mis males con paciencia, si al menos soy recompensado alguna vez con un bollo de manteca o con algún viaje a la Tierra de Jauja o país venidero; que ya lo dice el refrán; “Hoy somos, mañana no”. Y que de todas las aventuras que me pasaron en el día de hoy, la terquedad de la Ginesa tuvo la culpa, que por ella me dormí, perdí mi nombre y me volví ratón...

ESCENA 10 LENO PRESO

MUJER.- Señor guardia, aquel que tanto se lamenta es el que mató a mi madre.

GUARDIA.- ¿Aquel? Pues atrapémosle y vaya a la cárcel.

LENO.- ¿Quién? ¿Porqué?

GUARDIA.- Porque mataste a la madre de esta mujer.

LENO.- Si yo la maté, está muy bien matada, y es mi honra que se haya muerto.

BUYTRAGO.- Aguarde Señor guardia, sepamos que es esto.

GUARDIA.- Vuestro criado ha dado cierta medicina a esta pobre mujer con que ha muerto a su madre.

LENO.- ¿Qué culpa tengo yo si ella se quiso morir?

BUYTRAGO.- Ven acá, ¿qué le diste?

LENO.- La redoma de aquella sangre blanca que estaba bajo la cama de la señora.

BUYTRAGO.- Que me maten si no le diste una redoma de solimán.

LENO.- Esa misma, con que le se lavaba la cara

BUYTRAGO.- ¿Porqué se la diste?

LENO.- Porque dijo esta moza que a su madre le faltaba sangre.

GUARDIA.- Pues, por tanto, señor doctor, habéis de ir también a la cárcel. Teneos por preso.

BUYTRAGO.- ¿Porqué razón?

GURADIA.- Por tener tales criados en vuestra casa.

BUYTRAGO.- Vamos, que yo daré testimonio de mi, para que se aclare la verdad.

LENO.- Mire, señor, que yo voy de muy mala gana, que no voy por voluntad propia. Mire que no me hablo con el carcelero.

GUARDIA.- ¡Andad, andad, tira adelante , que para el oficio de picar piedra no hacen falta tantas palabras!. ¡Pardiez! Que yo te conozco y tú eres el que andaba buscando su nombre. ¿Y lo encontraste?.

LENO.- Eso creía yo, pero el de Leno no me ha traído fortuna.

GUARDIA.- Pues no te preocupes, carajo, que ya aparecerán otros que mas alegrías te den.

FIN